

¡Cuento hasta diez!

Susana Persello

Persello, Susana

Cuento hasta diez. - 1a ed. - Recreo : el autor, 2015.

64 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-7836-2

1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Cuentos. I. Título

CDD A863.928 2

Fecha de catalogación: 09/06/2015

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa, expresa y por escrito del autor, según la Ley 11.723.

Uno, dos, tres... **¡Cuento hasta diez!**

¡Hola! Somos diez. Diez cuentos que nos juntamos para jugar el viejo juego de las escondidas. Sos el jugador número once y el más importante.

Nosotros estamos escondidos y vos abrí los ojos, nos buscás en el libro, a medida que das vueltas las hojas nos vas encontrando, nos leés y das la voz que nos libera. Esperamos que juegues hasta el final. Somos todos diferentes y te hablamos de distintas cosas, pero siempre te tenemos presente y sabemos que en algunos momentos o situaciones, nos vemos cara a cara, mientras el juego sigue hasta la última página, cuando el libro se cierre y pueda comenzar otro jugador.

¿Empezamos? En búsqueda del primero..... ¡Ya!



Así nos llamamos

Pino y Laurel

El secreto de la mermelada

Navidad en la isla

Capitanes de ultramar

Moncho

Aventuras de una vez

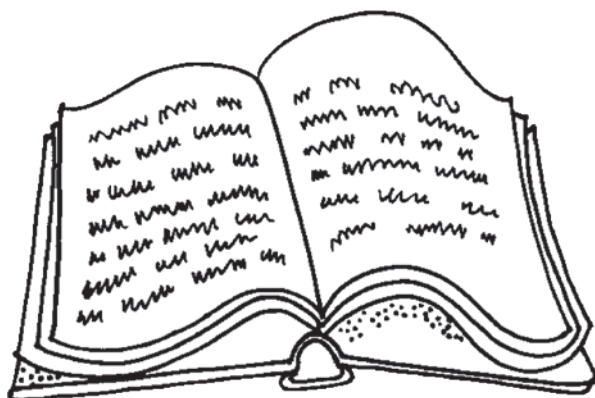
Secreto de carpinteros

Santo y Mingo

Bocadito de Luna

El cuento de todos

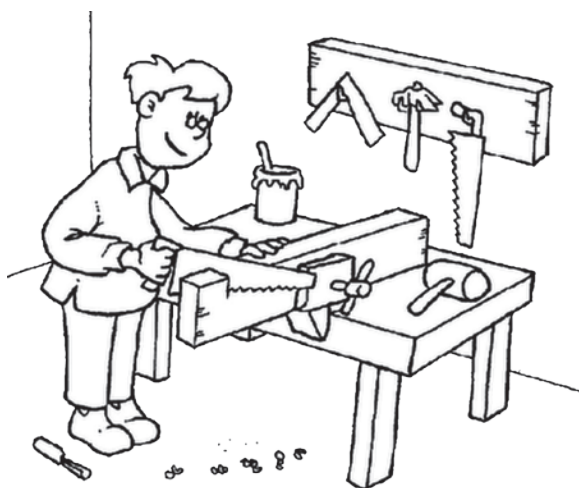
(Somos desordenados, tenés que encontrarnos)



Secreto de carpinteros



¿Quién fue el culpable? ¿Quién lo hizo? Vayamos por parte. ¿Qué hizo?...Hizo un desbarajuste en el tallercito del nono. El nono tenía todas sus herramientas ordenadas, las tablas buenas, para trabajar, por un lado, las que tienen fallas, por otro, los clavos en las cajitas según las medidas, las herramientas en el tablero colocadas cada una en su dibujito, cosa que le encantaba a Danielito, su nieto menor y aprendiz de carpintero.

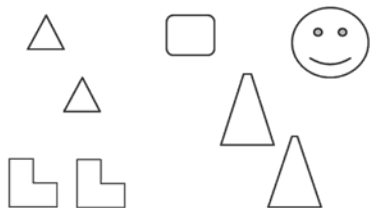


Para poder trabajar hay que empezar por tener ordenado el lugar de trabajo - le decía el nono. Él lo entendía y es más, le gustaba ver esa prolijidad, pero le costaba mucho imitarlo. El nono le enseñaba tal como le había prometido desde que era muy chico, y había bautizado "Media Pulgada".



Con un poco de ayuda ya había hecho una cuchara de madera, una tabla para la cocina y una bandeja, aunque él hubiese preferido armar juguetes, y más adelante, muebles. Lo que no le gustaba era lijar, justamente era el trabajo que más le daba el abuelo. Usaba el martillo, la garlopa y la escofina con bastante habilidad por ser un novato. Lo cierto es que cada vez que terminaban de trabajar, Danielito no se acordaba de ordenar si no era porque su maestro le decía -hasta que no esté el último clavo en su caja y la última viruta en la basura, no te podés ir-. Cuando juntaba los retazos de madera, separaba los que tenían forma y lo guardaba en una caja.

Todo empezó una tarde en que el nono no trabajó porque tenía un torneo de bochas en el club. Danielito se nombró jefe de taller y decidió ir solo. Buscó los clavos chicos, el martillo que usaba siempre, el frasco de cola y la caja con los recortes.



Sacó varios sobre el banco, los miró, los acomodó como para armar un autito, después un camión, después un edificio, después un tren, hasta en el fondo encontró una esfera, que había sido un adorno de un mueble antiguo. Despejó todo, sobre la esfera puso el triángulo y le habló -¿Qué tal hombre con sombrero?- Tené paciencia que te busco un cuerpo-. Y así con rectángulos y triángulos armó un hombrecito bastante proporcionado.



Le gustó, y le cayó simpático. Perforó las articulaciones, en lugar de clavos usó tornillos y tuercas, lo único pegado fue el cuello con la cabeza y la cabeza con el sombrero. Le estiraba los brazos, lo hacía saludar, le hacía hacer reverencias, abría las piernas como un bailarín. Le resultó divertido jugar con algo que él mismo había fabricado. Después ordenó todo, pero a su obra la dejó para admirarla porque realmente había quedado muy bien. Le pareció una injusticia que no tuviera ojos, nariz y boca, que cualquier ser tiene. Le hizo unas marcas bajorrelieve y con un pincelito y restos de pintura le dio un rostro.

Como ya había estado bastante tiempo allí, tuvo ganas de ir a jugar con los chicos, así que lo puso encima de la caja de los recortes y se fue.

A la tarde siguiente tenía el cumpleaños de un compañero de grado, estaba muy peinado, perfumado y con zapatillas nuevas, como le gusta a su mamá, cuando apareció el nono. Le corrió un frío por la espalda porque, por la cara, se imaginó que algo había pasado en la carpintería. Estaba seguro de haber dejado “el último clavo en la caja y la última viruta en la basura”.

Se fueron juntos, sin hablar. Al llegar, la voz del nono, siempre tan serena y moderada, se oía hasta de los vecinos. Y no era para menos: las cajas de clavos desparramadas y los clavos mezclados con tornillos, herramientas del tablero por cualquier parte, una zapatilla apretada en la morsa y aserrín y viruta por todo el piso.

-Me parece que hasta que no aprendas a ser responsable del orden y el cuidado de las cosas, no vas a seguir viniendo, ahora tengo otras cosas importantes que terminar y... ¿me querés decir por dónde empiezo? ¿qué es eso de tocar, revolver, desparramar todo cuando yo no estoy?

Entre los dos ordenaron, aunque Danielito era víctima de una injusticia. El nono no le creía, pero él mismo tampoco podía darle una explicación, simplemente decirle “yo no fui”. Lo último que acomodó fue la caja con recortes, juntó pedacito por pedacito, pero no encontró el muñeco que había hecho el día anterior. Ya se estaba por ir cuando levantó la vista y lo vio... muy sentado sobre los tarros de pintura, entre los estantes más altos.

Seguro fue el abuelo- pensó- y no me dice nada esperando que le cuente. Yo lo pongo en su lugar, entre los recortes y listo.

En un momento en que el abuelo no lo veía subió la estantería como si fuese una escalera, bajó al muñeco y lo puso en una caja, que ahora también tenía virutas, lijas y papeles. Se fue rápido porque iba a llegar tarde al cumpleaños dejando el taller prolijo y al nono conforme. Al día siguiente llegó de la escuela y estaba el nono esperándolo en la puerta, preocupado, más que enojado. Otra vez había pasado lo mismo: el taller dado vueltas. Él no sabía qué decirle, también estaba asustado. Ahora los dos sabían que había alguien más que se metía

en ese territorio de madera, aserrín y clavos, pero no precisamente para trabajar...tampoco para robar porque no faltaba nada.

Después de almorzar, antes de ir a jugar a la pelota, Danielito fue a ver el desastre. Entre los dos volvieron a juntar todo con bronca, y pensando que ya era un hecho para denunciar a la policía. Cuando llegó a la caja de recortes, la encontró volcada y con todo desparramado, pero no estaba su muñeco. Algo raro pasaba con él, y como presintiéndolo, empezó a buscarlo. Entre los tarros no estaba, tampoco entre los listones, ni en la morsa... pero sí en el tablero, colgado en el lugar de la tenaza grande. Tuvo que subirse al banco para alcanzarlo, lo bajó y volvió a ponerlo con la basura, mientras le preguntaba - como si la madera entendiera- quién lo cambiaba de lugar, porque seguramente era el mismo que hacía todos los desastres.

Y otra vez se repitió la historia, vuelta el nono a buscar a Danielito, otra vez la limpieza extra antes de empezar a trabajar, otra vez la caja de recortes desparramada y otra vez la desaparición del muñeco. Fue difícil encontrarlo, porque estaba acostado en la parva de virutas, y se le veía solamente la cabeza. Entonces Danielito se animó y le contó a su abuelo lo que había hecho esa tarde que quedó solo y que desde aquel día empezaron a pasar esas cosas raras, que su muñeco aparecía en otro lugar y seguramente era la misma persona que hacía todo.

El taller nunca se cerraba con llave porque al cerrar los portones y las puertas del frente de la casa quedaba todo asegurado, pero decidieron hacerlo. También pensaron en dejar aserrín en el suelo para descubrir pisadas y una pintura blanca y espesa en todos los picaportes y manijas para grabar huellas digitales. Todo preparado para la pesquisa.

Al día siguiente, la ansiedad de Danielito era muy grande, no quería ir a la escuela sin antes saber qué había pasado, aunque no lo dejaron. Hasta el mediodía cuando llegó a su casa tuvo la intriga. Antes de que preguntara nada, ya su madre se lo estaba diciendo. Otra vez lo mismo. Fue volando a lo de su abuelo y él le contó que la puerta no fue abierta, no había huellas en el picaporte ni en el piso, lo que es decir: nadie entró. Muy ansioso corrió a ver la caja de los restos que juntaba y donde había dejado su muñeco. Pues el muñeco no estaba. Ya era demasiada casualidad...A empezar la búsqueda. Esta vez lo encontraron adentro de un revistero que estaba para regalar, sentado con las piernas cruzadas. Abuelo y nieto se miraron, lo sacaron de su escondite y terminaron de ordenar.

-Mirá Media pulgada, yo no creo en estas cosas de magia y misterio, pero a mí me parece...

-Sí nono, a mí no me parece, estoy seguro de que es él. No te lo decía a vos ni a nadie porque se me iban a reír, pero....es él.

Poniendo la cara más seria que de costumbre, el abuelo le habló casi al oído mientras tomaba al muñeco, lo hacía mover, lo cambiaba de posición, hasta que se lo dio al nieto.

-Y ¿sabés por qué lo hace? Porque no es un recorte, ni un montón de virutas, ni restos de madera, es una obra tuya. No quiere estar más acá, donde se hacen o se arreglan cosas, él quiere estar con vos en un lugar donde estén tus cosas, y servir para algo: jugar, adornar...en fin...-

-¿Y está bueno no? Nunca me dijiste nada. Pero está bien hecho, ¿no te parece nono?

-Bastante bien. Faltaría lijarse bien los bordes, pero no es tu trabajo preferido. Puede estar en la repisa de tus juguetes o en la biblioteca de tu mamá o en el escritorio de tus hermanos.

-Sí, pero si se llega a enojar porque no le gusta el lugar y hace una de las suyas, me echan de mi casa con muñeco y todo. Vos ¿me vas a dejar vivir acá?

-Yo creo que de ahora en adelante se va a tranquilizar. Bueno, Pulgada. De esto ni una palabra a nadie. Vamos a decir que encontramos las huellas de un perro que entraba por la ventanita de arriba, que le gustaba venir a recostarse en la viruta y listo. Llevate tu muñeco. Y mañana vení como siempre, pero haceme acordar de que te cuente lo que me pasó a mí cuando era como vos y en el taller de mi papá armé un pájaro y lo puse en una jaula ¿Sabés que volaba?, yo le abría la puerta,

salía y volvía cuando quería. Pero cuidado que de esto tampoco sabe nadie. Tu muñeco y mi pájaro....Será nuestro secreto.



Capitanes de ultramar



Había una vez en un pueblito lejano, unos chicos que jugaban como todos los chicos y tenían la suerte de que las calles fueran de tierra con cunetas y alcantarillas. Se divertían muchísimo, especialmente cuando llovía. Fue un día de lluvia cuando hicieron una flota de barcos y los pusieron a navegar por uno de los canales que se forman a los costados de la calle principal.

Usaron unos afiches con grandes palabras que habían desparramado por todo el pueblo los señores de un partido político. Justo lo que ellos necesitaban, papel liso, brillante, lleno de colores y letras. Los hicieron con mástiles y velas, con insignias a los costados, con salvavidas, hasta uno con bandera de piratas. Era un desfile de preciosas embarcaciones y un muestrario de los gustos y habilidades de cada uno.



Se había acumulado bastante agua, y todavía caía una llovizna intermitente, pero ellos estaban muy entusiasmados. Los seguían primero caminando al lado, después de rodillas, siempre enderezando a los que se desviaban, o levantando a los que se tumbaban, no importaba nada más que el destino de las naves.



-¡Qué importante es ser capitán! Por suerte lo tengo bajo control -pensó Mauro.

Las huellas de los capitanes iban quedando marcadas a los costados del canal de navegación y una montaña de barro pastoso se acumulaba delante de las piernas. Las zapatillas chapaleaban y estaban pesadas, las manos de chocolate a veces tenían que acomodar el cabello que molestaba o matar algún mosquito en la cara. Así fueron quedando Mauro, Franco, Damián, Leonardo y Bruno, enmascarados e irreconocibles.

Ante tanta incomodidad y mala presencia decidieron abordar y ponerse el uniforme digno de hombres de mar. Se saludaron como se debe, y cada uno condujo desde su timón, formando una flota variada y pintoresca: un petrolero, un navío mercante, un crucero de turismo, un barco de piratas y un viejo velero. Llegaron a un río muy ancho, seguramente estarían cerca de la desembocadura en el mar. Claro, el mar empezaba en la esquina. Podían andar sin peligros porque no había olas muy grandes y soplaban vientos favorables.

De pronto, el capitán del crucero bajó a la bodega para controlar si todo estaba en orden y vio que había una filtración de agua importante a la altura del punto de la i de la palabra viva. Subió, alertó al resto de la tripulación, no a los pasajeros para que no reinara el pánico. Pidió por la radio un SOS al petrolero que no estaba muy lejos.

-Habla Mister Jones, el capitán del crucero. Estamos en emergencia, rotura en la bodega a la altura del punto de la i de la palabra viva. ¡Comenzamos a hundirnos, solicito ayuda urgente...!

-Aquí Balim Balim, el capitán del petrolero, imposible acudir en su auxilio. Grave avería también en mi nave. He comprobado fisura en proa a la altura del pliegue doble por donde está la i de la palabra partido, ¡debo tomar medidas urgentes para evitar el derrame de mi carga....!

-Atención, habla el capitán del crucero al capitán del mercante. Solicito su ayuda, estoy en emergencia. ¡Mi nave comienza a hundirse....!



-Aquí Giuseppe, el capitán del mercante. Un roedor ha dañado a mi nave en popa, lo encontré y lo tiré al mar. Tengo perforado del punto de la i de la palabra candidato...¡Hacemos agua!

-El capitán del crucero al barco del Pirata, me arrepiento de todo lo que dije y pensé de Uds. Cuando nos enfrentamos en la isla de la otra cuadra. Pienso que Uds. no son tan malos como dicen todos ni como se ven en las películas. A ver si lo pueden demostrar. Mi crucero está en peligro, vamos a hundirnos...¡Por favor....ayúdennos...!

-Aquí Sir Francis Pata de Palo, con mucho gusto y placer abordaría un crucero tan lujoso y con tanta gente importante y rica, pero también mi embarcación se hunde. Piratas enemigos nos dispararon cuando poníamos proa hacia el este. Estaban fondeados entre unos pastos de la cuneta. ¡Nos dieron justo por el punto de la i de la palabra triunfo!

A esta altura el crucero asomaba apenas la puntita de su proa, ya casi se daba por perdido, los demás seguían sumergiéndose con más lentitud, pero el capitán, perseverante como todos, incapaz de abandonar la nave mientras hubiera una punta donde estar parado, hizo el último intento.



-El capitán del crucero llamando al capitán del velero.
No me parece tan débil ni viejo como siempre creí.
Veo que es el único que se mantiene en pie...Por favor
auxilio...¡Hacemos agua!



-Aquí, José de la Fuente Grande, capitán del resistente, sólido, inigualable, invencible y único velero en navegación por este mar inmenso. ¡Acudiré ya en su ayuda y en la de todos los que la necesiten...!

-Gracias mi capitán, espero que no sea tarde, el resto de la flota lo necesita.



Y así fue como las tripulaciones y los capitanes socorridos se salvaron de lo que pudo ser una tragedia en el charco grande de la esquina.

Una vez en tierra firme - es decir en barro firme- comentaron entre todos las causas de los naufragios. José de la Fuente Grande los escuchaba con atención, mientras secaba la base de su barco y lo guardaba para

otra vez. Cuando todos terminaron de hablar, lo miraron para ver qué decía y si había una razón por la cual el velero se mantuvo entero.

Pues sí mis camaradas del mar, yo soy un viejo capitán y con mucha experiencia. Sé del buen material para construir una nave, por eso elegí papeles con palabras que no tuvieran la letra i para no tener ningún punto débil.

Se rieron de José de la Fuente Grande que ahora era Franco de verdad y comentaron lo bueno que había

estado el juego. Volvieron a ser lo monstruos embarrados que se burlaban unos de otros, aunque a todos lo único que se les veía era el blanco del ojo.

Ya había parado de llover y empezaba a limpiarse el cielo. Vieron que una tímida estrella se reflejaba en el charco. Era hora de volver, en la misma agua que navegaron y vivieron aventuras, se lavaron un poco las manos y la cara y caminaron unas cuadras, cada uno a su casa... Su casa de ese pueblito que está muy lejos...muy lejos del mar.



Navidad en la isla



Ramón era el menor de cinco hermanos. Vivían en una isla, no tan lejos de la ciudad. Saliendo con la canoa, cruzaban el riacho, caminaban dos kilómetros y llegaban a la ruta. En una hora de ómnibus, estaban en el centro. Ese era un viaje que hacían muy pocas veces siempre el papá o la mamá con uno o dos de ellos, aunque a él nunca le había tocado. Ramón sentía una tremenda ansiedad cada vez que escuchaba los planes para salir, y no dejaba de pedir, rogar, suplicar por todos los medios para que lo llevaran.

Era el veinticuatro de diciembre, el padre y el hermano mayor que ya tenía los catorce, salían de madrugada. Ramón, firme en su insistencia desde que oyó ruidos por la casa volvió a reclamar por su salida hasta que lo consiguió.

En ese hogar de isleros se vivía con lo indispensable, el escaso dinero que tenían, provenía de la venta de pescado. Unos pequeños ahorros había para pagar pasajes y hacer alguna compra en ocasiones especiales y ésta era una de ellas: la Navidad.

Así fue Ramón con su hermano y su papá. Bajaron del ómnibus en la estación y caminaron hasta el centro. No le alcanzaron los ojos por más grandes que los abiera. El clima de las fiestas estaba en las calles y vidrieras, en las plantas en los carteles. Cuánto brillo y colores, bolitas

doradas, luces que prenden y apagan. Con la boca abierta quedó ante una vidriera mirando un muñeco vestido de rojo con pelo y barba blanca que saludaba sin cansarse inclinándose y moviendo la mano en la que agitaba una campanita. En la espalda tenía una bolsa repleta, y de ella asomaba un osito blanco que también saludaba. Los movimientos terminaban y empezaban otra vez.



Un fuerte tirón en el brazo lo sacó de allí, el padre seguía adelante y el hermano tenía el deber de llevarlo de la mano. Pero él cada tanto se detenía. Lo dejó paralizado un árbol, un pino alto hasta el techo del salón donde estaba, con cientos de luces encendidas, guirnaldas resplandecientes y en la punta una estrella con una larga cola también luminosa, al pie paquetes y paquetes de misteriosos regalos.



Otro sacudón lo hizo seguir, pero ya no le costó tanto porque se repetían los árboles, las guirnaldas, las luces, los muñecos con barba, los paquetes de regalos. Se dio cuenta de que si no veía bien algo, en la vidriera siguiente o en la otra lo vería otra vez. Muchos árboles iguales, muchos hombres gordos de rojo que saludaban, muchas estrellas por cuadras y cuadras, y gente, mucha gente. Por eso su manito ya no se desprendía de la del hermano y sus pisadas seguían bien de cerca las del papá. No sabían bien qué había hecho él en los pocos lugares que entró, aparentemente en dos bolsitas que llevaba, tenía lo que había ido a buscar. Y parecía que el paseo estaba por terminar porque en una esquina pararon los tres, ahí mismo dieron la vuelta y caminaron otra vez por donde venían.

Era pasado el mediodía, se sentaron en un cantero a descansar y a comer unas galletitas. Algunos negocios cerraban, otros permanecían abiertos, pero seguía el ir y venir de la gente. Justo estaban frente a las puertas de un bazar, y un señor barría mientras protestaba.



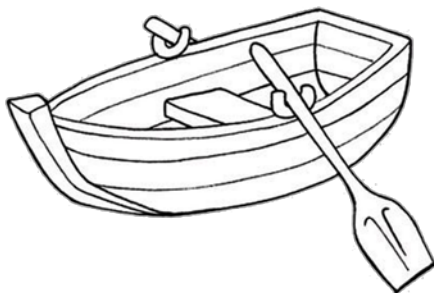
La gente en esta época se vuelve loca, todos están apurados, impacientes y así pasan las cosas. Vea, me han destrozado el arbolito.

Ramón no podía creer lo que estaba viendo, rodando hacia la basura globitos, guirnaldas, moños y una estrella....lástima que se le rompió la cola. El padre lo miró y dijo lo que Ramón esperaba.

-¿ Puedo llevar esto para los chicos? Si me da una caja yo junto todo...

-Me hace un favor. Tengo que ir rápido a armar otro árbol para la tarde.

Ramón tenía los ojos brillosos y le temblaba la caja entre las manos, pero no la soltó en el ómnibus ni en el camino hasta la costa ni en la canoa.



Era el atardecer cuando llegaron a la isla. La madre los esperaba con algo en la mesa, el padre sacó turronec y pandulces de las bolsas que traía y un pequeño juguete para cada uno. Vivieron la simple alegría de la Nochebuena en la isla. Pero notaron que Ramón no se acercaba, estaba muy entusiasmado en la orilla del río. Con la rama de un ceibo plantada en la arena, armaba

su árbol. Había acomodado entre las hojas y las flores, los restos que trajo en la caja. Brillaban a la luz de la luna y en la punta le puso la estrella sin cola. Una vez que lo terminó se quedó admirándolo, era su árbol, era el más lindo de todos los que había visto ese día.



La familia se fue acercando, se sentaron alrededor del primer árbol de Navidad que tuvieron. Transcurrieron unos minutos en silencio, hasta que poco a poco la estrella de la punta empezó a iluminarse más y más... mientras se le formaba una gran cola.

¡Un milagro!- dijo la madre- ¡Un milagro de Navidad! ¡El Niño está con nosotros esta noche!

Quedaron todos adorando la Luz, embargados por una felicidad inmensa, entre el croar de los sapos, el canto de los grillos y los latidos del corazón de Ramón.



El secreto de la mermelada

4

3

1

7

6

2

Estoy sentado frente a la computadora atrapado por un juego pero ya le conozco todos los secretos, los chicos que están conmigo también, entonces yo juego y desde atrás me dicen....” ahora te aparece un dragón a la izquierda, tenés que tirarle una flecha por la derecha, si lo matás te da otra vida y te aparece un monstruo de un solo ojo que te tira troncos, vos tenés que defenderte y tirarle piedras, si le pegás, te da otra vida, entonces te aparece un plaga de insectos gigantes que te atacan de a dos por los cuatro costados y vos te defendés tirando un aerosol, si los matás a todos....”

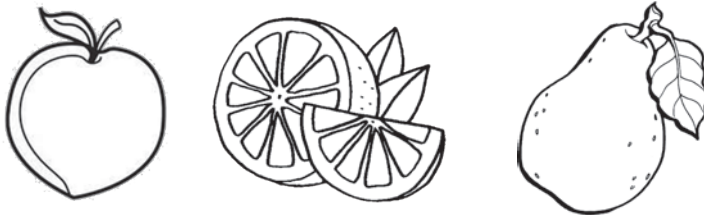




Me cansaron. Siempre lo mismo. Abandono el juego por la mitad. Siguió Pablo en mi lugar y todos atrás de él. Me cansaron. Todo conocido, no le encuentro la gracia...me aburre. Ya fue.

Los dejo en el living y salgo al patio. En un sillón está la abuela pelando frutas para hacer una mermelada, mientras como unos trozos de durazno le pregunto...

-¿Para qué trabajás tanto abuela si mamá va al super y puede comprar mermeladas por un peso?



-Mirá querido, esas mermeladas compradas nunca van a tener el sabor de éstas que hacemos en casa. Desde que elegimos la fruta, la presión que hacemos con las manos al pelarla, el cuidado de quitarle las partes feas,

el detalle de dejarle alguna semilla para la consistencia y el brillo, el cálculo de la proporción de azúcar, el tipo de cacerola que utilizamos, la cuchara de madera gastada que revolverá por milésima vez en su vida de utensilio de cocina una mermelada, el olorcito a dulce que impregna la casa, la charla entre vos y yo, el deseo de que les guste a los de nuestra familia, todos son ingredientes que en las fábricas no tienen. Allí colocan todo en grandes bateas, cocinan y listo. Terminan por ser aceptables, pero a veces hay que adivinar si esa cosa dulce es de peras, duraznos, cebollas, bolitas de paraíso...o qué. Vos seguí aquí, conversando conmigo y vamos a imaginarnos que estas palabras son granitos de sabor y dulzura que le agregamos...

Desde adentro llega el pipipí constante de la computadora, por ahora sigue atrayéndome más lo que me invita a hacer la abuela, y masticar de vez en cuando algún pedacito elegido o jugar con un carozo en la boca.... -¡Mirá abuela, me salió un flemón!, -¡mirá abuela, tengo paperas!

Entonces ella se acuerda de una vez que a mi papá le había dolido una muela, y como vivían en un pueblo en el que el dentista iba una vez por semana, tenían que salir del paso con algún remedio casero: lo más efectivo era colocar la barriga de un sapo en la cara y santo remedio.

-Allá fue el abuelo en bicicleta, hasta la laguna, a unos

tres kilómetros de la casa, con un bolso viejo de red que usaba para comprar las papas, volvió con la carga de tres grandes sapos, bien gorditos, con las panzas lisitas, húmedas y frías.

A tu padre que no sabía nada, le tapamos los ojos y le dijimos que le íbamos a hacer compresas frías con una toalla. Pero turnábamos los sapos, porque lo importante del tratamiento era el contacto con esa piel fría...La verdad es que nos dio resultado, el dolor y la inflamación desaparecieron y esperamos la llegada del dentista. ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos! ...Y cuando yo era como vos, tuve paperas. La pasé mal, me había tomado muy fuerte, estaba desfigurada y se me caían las lágrimas del dolor. Mi hermano menor, tu tío abuelo que ahora vive en Buenos Aires, era tremendo. ¿Sabés lo que hacía? Abría la puerta del dormitorio, se acercaba a mi cama, se inflaba los cachetes con aire todo lo que podía, se pegaba con las manos para desinflarlos, después amagaba con querer desinflar los míos, me sacaba la lengua y se largaba una carcajada. Yo me tragaba toda la rabia lo único que podía decirle despacito era que me iba a desquitar...Y así lo hice. Cuando estuve bien, dejé pasar unos días para empezar a jugar como siempre. Una siesta con mucho calor, mientras todos dormían, le dije si quería que fuéramos en las bicicletas hasta la estación de trenes que estaba a unas veinte cuadras de nuestra casa. Nos pusimos el sombrero y salimos.



Llegamos agotados, allá nos refrescamos debajo de la canilla de la bomba que tenía la casa del jefe, después nos quedamos a un costado del monte de eucaliptus en una sombra fresca, estaba tan lindo que mi hermano se quedó dormido. Había llegado el momento de desquitarme de tanta burla al dolor ajeno: le desinflé totalmente las dos gomas de la bicicleta, agarré la mía y salí a toda velocidad. No te cuento la que se armó. Demoró en llegar como dos horas, traspirado, con la bicicleta a la rastra.



Ligamos un reto los dos, pero mi hermano bien que entendió cuando le pregunté: -¿Se te desinflaron los cachetes?..

La abuela no para de hablar ni de pelar frutas, yo no puedo dejar de escuchar, reírme y masticar pedacitos o remover carozos. Me gusta mirarla porque según las cosas que cuenta, deja quieto el cuchillo y la cáscara cuelga también quieta, sus ojos miran fijos pero como sin ver nada, por un ratito yo tampoco digo nada, hasta que empieza la lluvia de palabras...

Ahora me doy cuenta de que no se siente el pipipí de la compu. Me imagino que habrán matado a todos los monstruos. Mmmm...Ahí están dando vueltas por la casa. Mejor los llamo para que se queden en el patio conmigo, veo que me miran desde lejos.

-¿De qué te reías tanto? Te estábamos viendo desde adentro.

La abuela me contaba unas cosas. Dale abuela, contate otra vez lo de los sapos, lo de los cachetes o lo de las bici.

No me importa escuchar de nuevo, aunque no estoy seguro de que esto los divierta. De paso yo le voy a ayudar si se olvida de algo. La abuela comienza...

Y entonces mi hermano le tenía terror a los sapos, así que yo me conseguí dos, los puse en una caja de cartón, la envolví como para regalo y los dejé sobre su cama con un cartelito.

Empiezo a hacerle señas, quiero decirle que se está confundiendo, que no es eso lo que me había contado, abro la boca para hablar, pero ella me guiña el ojo, y en complicidad entiendo inmediatamente que se está armando una historia nueva con los mismos ingredientes que había contado la anterior, más otros que hacen que mis amigos se rían a carcajadas o escuchen con los ojos grandes y la boca abierta. Nunca me sentí tan feliz como ahora.

Pasan las horas, se viene la noche. La abuela está pelando el último durazno. Busca la cacerola grande donde coloca la fruta, hace unos cálculos con los dedos y con la cabeza, y vuelca la cantidad de azúcar que necesita nuestra mermelada. Por suerte los chicos se dan cuenta de que ha llegado el momento de irse.

-Hasta mañana. ¿Podemos venir más o menos a la hora de hoy?

-Bueno, pero a ver si traen un juego nuevo. Ese me tiene hartado.

-Este...no...eh....¿Podemos venir a escuchar a la abuela...? Está bueno lo que cuenta...



El Moncho estaba sobre la canoa, sentado en el banco del medio, con la caña en la mano y el hilo pendiente esperando el pique. Así le habían enseñado, con su manito regordeta apretada y atento a los menores movimientos de la caña, tenía que esperar a que la boya hecha con medio corcho, se hundiera un poquito y rápido tirar para arriba.

Por primera vez lo dejaban solo en la playa, aunque lo cuidaban desde lejos. Cada tanto lo llamaban y él saludaba. Era un hermoso lugar donde un gran sauce llorón hacía sombra sobre el agua, y muy cerca de la canoa unas puntitas de sus ramas apenas se mojaban. Como el río estaba muy quieto y la pesca aburrida, la mirada se le iba un poco a la isla del frente, un poco a las pocas y distanciadas casas de la costa y un poco al cielo y a las bandadas de bandurrias que lo cruzaban. Después volvió a la caña y fijó sus ojos en el hilo que lo recorrieron lentamente hasta el punto donde se mete adentro.



Sintió una atracción irresistible, se acercó todo lo que pudo y vio que desde el agua alguien lo observaba. Quedaron así, prendidas las miradas. Tenía la cara redonda, ojos grandes, como asombrados, y unos mechones de pelo parados. Se asustó tanto que abrió la boca como para gritar, el otro también puso cara de susto y abrió la suya. Se alejó por un momento para ver si se alejaba. Miro hacia su casa, quería llamar, pero si gritaba se le iba a espantar el bicho, hacía señas con las manos, veía el perro que corría para el lado del campo. Le ladraba a algún animal y volvía hasta la costa, veía a su padre, el Moncho grande, que colgaba los pescados debajo del sauce y a su madre que le levantaba la mano como para que él viera que lo estaba vigilando, no entendía que la llamaba. Volvió a acercarse al agua casi sin respirar, por si todavía estaba ahí abajo. A medida que se acercaba empezaba a verlo por partes: los mechones de cabello, la frente, unos ojos grandes... toda la cabeza. Arrodillado en el piso de la canoa, dejó la caña para no moverse ni distraerse. Era ése el que le espantaba los pescados.

A pesar de que sus dientes empezaron a temblar y sus manos no podían siquiera agarrar la caña, se llenó de coraje y decidió enfrentarlo. Quiso probar si comía lombrices, puso una bien gorda enroscada en la punta del anzuelo y con mucho cuidado lo colocó donde apenas tocara el agua. Respiraba cortito y con la boca abierta, justo para meterle la carnada adentro.

En el mismo momento en que logró hacerlo, algo raro sucedió: el ser extraño se deshizo en pedacitos que se iban yendo por las ondas del agua. Debía ser como las lombrices, que aunque se corten en pedazos, siguen viviendo y moviéndose como si nada.

Recién entonces al Moncho se le pasó el susto, vio que su lombriz estaba intacta. Pensó en no decir nada porque seguramente no lo dejarían volver y el padre iría hasta el fondo del río para encontrarlo. No, guardaría el secreto. Cuando lo dejaran salir solo a nadar, empezaría a buscarlo.

Las hojitas del sauce seguían mojándose en el agua marrón que ya no estaba tan quieta. Un viento suave empezaba a silbar entre sus ramas, que iban desarmándose en las ondas, como se fue desarmando el ser extraño que asustó a Moncho.

De pronto la mano oscura y regordeta sintió el temblor esperado, el corcho que se hundía y el agua agitada. Rápidamente tiró la caña para atrás... y sintió la felicidad de tener prendido en su anzuelo un moncholo bigotudo para llevar a su mamá.



Pino y Laurel



Más rápido, más arriba, tengo que llegar antes es una carrera importantísima, la última vez perdí, ahora tengo que ganar, se trata de mi honor.

Hay que llegar a la punta del pino, es el más alto del patio de mi abuela. Este es un desafío que nos hacemos al terminar el almuerzo de los domingos. Voy primero, pero siento que los dedos de Matías rozan mis zapatillas. Desde abajo llegan los gritos de mis primas, dos alientan a él y dos a mí, pero como siempre, no se entiende nada de lo que dicen, porque tratándose de ellas, todo es alarido y gritos histéricos...Sos lindo pino, ancho, parejo, como pintado, pero cómplice silencioso, amigo y confidente, que guardás nuestras escapadas y nuestras peleas, y en la cuarta hilera ramas de bajo hacia arriba, el eje de un autito de mi hermano que yo escondí cuando tenía cinco años. Por la primera y segunda están los tarritos de las nenas, esos que usan para jugar a la casita, en la sexta está el osito gris que mi mamá había tirado a la

basura y a mí me dio lástima entonces lo até acá, él está feliz, siempre saludando...Si no me apuro estoy listo, sigo subiendo y sigo primero...pero lo que más me gusta es ese olor que se siente al pisar tus hojas frescas, por eso insisto con mi pie, no es para herirte, es para sentirte...Por un segundo puedo mirar hacia abajo, ya voy por la mitad, después de la cabeza de mi primo veo, por suerte muy lejos, la mesita redonda de piedra que está casi tapada por las ramas de la primera hilera. Ya falta poco, siento el laurel, la planta que está al lado, sé que en la punta se alcanzan. Y sos tan lindo, viéndote de frente te destacás, te imponés, parecés pintado, tus ramas anchísimas abajo con las puntitas hacia arriba, se van haciendo más finas hasta terminar en unas delicadas hojitas que trataré de no tocar cuando llegue, para no arruinarte. Estoy por el nido de gorriones, no tiene los dos huevitos que vi hace unos días, seguramente ya no son dos pichones que crecieron y volaron, ¡Es tan fácil crecer para ellos!...¡El cielo!...¡La ramita de la punta!...¡El triunfo!...Alcanzo a asomar la cabeza, con los brazos en alto saludo a las gritonas, acaballado en una ramita...¡Ay!...¡Qué pasó!...¡Ramita linda te quebraste, y me estoy cayendo como de una escalera y a una velocidad supersónica...!. No puedo dominar los brazos ni las piernas. Mejor cierro con fuerza los ojos. Esto por lo duro debe ser el suelo ¡Cómo me duele! Me animo a mirar alrededor, junto a mí continúan cayendo ramas, plumitas, tarritos ...y el nido

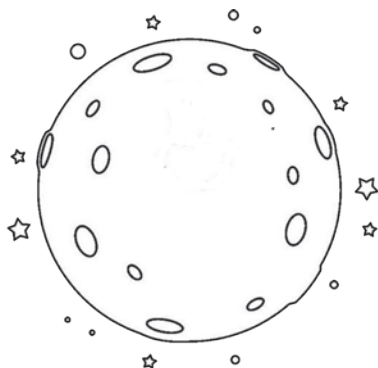
de gorriones que se acomodó en mi cabeza.

Llegué primero arriba -pino, guardá mi alegría- llegué primero abajo - pino guardá mi dolor. La familia en pleno corre y se acerca para ver si todo está bien, las cuatro gritonas se ríen y aplauden, traen unas ramas del laurel vecino y haciendo el bochinche acostumbrado, me coronan, mientras mis labios intentan una sonrisa canchera.

Bocadito de Luna



Tato estaba triste. Ése no había sido un buen día, una profunda pena lo invadió cuando vio el rostro de su padre que llegó con la noticia de que la empresa se iba del pueblo; pensó en no amargarlo más contándole lo de sus dos notas bajas en la escuela, entonces buscó a sus amigos para jugar a la pelota pero no los encontró. Caía la tarde. No hablaba con nadie desde que salió de su casa, sólo prestaba atención al ruido de la corona de la bicicleta que necesitaba aceite, ya se encargaría de eso, pero otro día. Llegó a la orilla del río, su lugar preferido para esos estados de ánimo. Sentado en el pastizal, entre hojas de camalotes y juncos, sólo miraba el agua y el cielo y escuchaba a los crestones, los teros y las bandurrias que a esa hora remontaban vuelos cortos. Oscurecía. El rosa liláceo del cielo y del agua se unían en el horizonte irregular, donde se recortaban, lejanas, las ramas apenas visibles de los árboles de la otra orilla. Se sintió cómodo en ese lugar, su lugar, cuando reconoció al sapo que siempre andaba por ahí, con croar monótono y mirada saltona. Los ojos de Tato parpadeaban pausadamente centrando toda la atención en ese color que se iba perdiendo junto con la luz. Cuando logró desprender la mirada y girar la vista hacia otros ángulos, la vio.



Vio cómo se agrandaba y subía y subía hasta centrarse en el cielo cada vez más oscuro. Suspiró. El agua estaba un poco inquieta porque soplaba una leve brisa que la movía; la pobre Luna que quiso reflejarse redonda y perfecta, se desarmó entre las pequeñas olas, se hizo trizas. Pedacitos de Luna iban a la deriva, desarmándose más aún, volviéndose a armar, indecisos. Uno llegó hasta la orilla, muy cerca de Tato y Tato se estiró, hundió la mano en el agua hasta que sintió que apretaba algo sólido y lo sacó. Se le iluminó, veía hasta sus huesos más pequeños gracias a la potencia de esa luz lunar. Jamás se había sentido así, conmovido, tenía un trozo de Luna. Se le llenaron los ojos de lágrimas pero no tenían nada que ver con sus penas, sino con la emoción ante lo extraño.

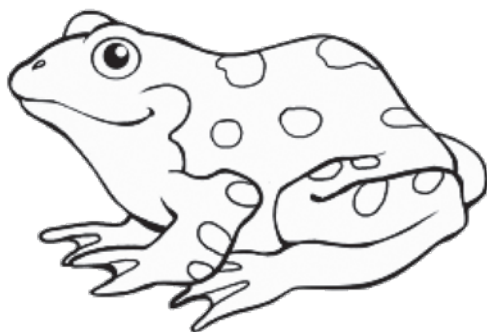
Poseía ese tesoro y no sabía qué hacer con él. Lo pasaba de la izquierda a la derecha, lo ponía en el bolsillo, se lo llevaba a la frente, a la cabeza. Buscó otra vez en la altura el círculo brillante, siempre la comparó

con un gran alfajor, pero le sorprendió verla ahora con un pedacito menos. No era una nube que pudiera cubrirla porque el cielo estaba muy limpio, pero le faltaba un pedacito, ese pedacito parecía una pieza de puzle, como si quien lo estuviera armando hubiese perdido justamente el último. Las ocurrencias de Tato tejieron varias suposiciones. Pero se quedaba con la primera, si la Luna era un alfajor, eso que tenía entre las manos, era el bocado que le faltaba.. Y entonces se le empezó a hacer agua la boca. Sentado con su sapo amigo al lado como único testigo, dio el paso sin esperar más, y se lo puso en la boca. Lo retuvo con placer en el paladar, era grande y difícil de moverlo en su boca chica, pero muy dulce, y a medida que se deshacía y lo tragaba sentía una dulce invasión en su cuerpo. Cuando tragó el último resto del manjar lunar, se vio brillante como el trocito que acababa de comer, brillante y muy contento.

Volvió a suspirar profundamente, el suspiro lo elevó y fue entonces cuando notó que su cuerpo no se apoyaba, estaba subiendo despacito, moviéndose sin control, la cabeza hacia un lado, hacia el otro, hacia arriba y hacia abajo, pero siempre subiendo y subiendo, liviano, feliz... riendo a carcajadas. Siguió así. Ya no vio más la mirada amiga del sapo, ni el paisaje quieto del río en la noche, por lo menos no lo vio más desde su lugar preferido a la hora de la tristeza. Subía Tato y subía hasta que fue un puntito brillante como una estrella, como un

cometa. ¿Cuántos telescopios del mundo científico que observaban el espacio esa noche habrán registrado el paso de Tato? ¿Cómo habrá quedado identificado Tato en esos registros? ¡Cuánto trabajo para el futuro, con el rastreo del objeto estelar, la espera del nuevo paso con los cálculos complicados de órbitas y trayectos de elípticas y ángulos y distancias y fuerzas...!

Y si los sapos hablaran en vez de croar, el amigo de Tato podría contar que ahora la tristeza era suya porque con sus ojos saltones vio que Tato se elevó, llegó hasta la Luna y la completó. Era la última pieza del puzle o mejor, un bocadito del delicioso alfajor.



*(Este cuento es el primero de los nueve capítulos
de una novela de igual nombre)*

Aventuras de una vez

(Un canto para contar o un cuento para cantar)



Los tres amiguitos se hicieron la choza
En la copa de un árbol con flores y hojas
Subían y bajaban maderas y cosas
Cañas, cartones, viejos platos de loza.

Guardaban secretos en cajas cerradas
Cubiertas con bolsas que hacían de camas
Una escalera casi entera y algo arreglada
Soportaba pasos de subida y bajada.

Una familia de palomas, que por allí pasaba
Con la choza de los chicos quedó encantada.
El trío enojado, pensó en desalojarla...
Pero pudo más la ternura de aquellas miradas.



¿Qué hicieron?... levantaron choza nueva
En el árbol de al lado, ya era primavera,
De la primera sólo usaron la escalera,
“ellas no la necesitan, después de todo, vuelan...”

De un árbol salían risas y murmullos
Del otro un concierto de graves arrullos.
Compañeros de angustias en los días oscuros
Cuando los árboles sacuden sus brazos robustos.

Uno y otro árbol respetaron la estación
No dejaron una hoja sobre el tronco marrón.
Las chozas al aire... el frío que llegó,
y el tiempo de gozar al sol, terminó.

Los niños adentro, a juegos de invierno,
Las palomas al tejado, en raudo vuelo
A nido seguro debajo de un techo,
Hasta el próximo sol y cálido cielo.

Días inolvidables de paloma y niñez.
Soñar vuelos, cuidar nidos,
Juego cómplice por los patios vecinos.

Tiempos de aventuras...
De aventuras de una vez



Santo y Mingo

La Misión



I

Llegaron y se pasearon por el pueblo como por su casa, nadie los vio ni los verá, ni de noche ni de día porque Santo y Mingo son dos fantasmas. Sí, ya sé, me van a decir que los fantasmas no existen. No existen para los que no creen, pero éstos y otros fantasmas están vivitos y coleando porque hay alguien que cree en ellos y les da vida. Y es así como estos dos buenos fantasmas, fieles y obedientes tienen una misión encargada por un señor que vive en la casa de ellos o ellos viven en la de él, para el caso es lo mismo. Es una casa antigua de campo, lo que llamaban antes el casco de una estancia, tan hermosa, grande y lujosa que en un cuento de verdad se diría que Mingo y Santo viven en una mansión.



El señor los quiere, los trata bien, hasta los bautizó para poder llamarlos por sus nombres, durante las noches tienen largas conversaciones. Es además, un coleccionista de objetos valiosos, posee verdaderos tesoros que busca por el mundo. Pero la última vez que hablaron -hace pocas horas-, les dijo muy angustiado que no estaba satisfecho porque nada de lo que conseguía lograba darle felicidad, que a su valiosa colección le faltaba algo, algo que le diera sentido, y confiaba en que ellos, desde su condición de fantasmas, sabrían comprender lo que necesitaba y debían hallar eso que le llenara el corazón y aliviara su angustia.

Cuando quedaron solos Mingo y Santo se retorcían las puntas de sus túnicas blancas, estiraban sus cabezas, se miraban inquietos sin saber para dónde ir. Fluctuaban en el aire, fueron siempre tan livianos, salvo cuando tenían una idea, entonces pesaban un poquito más.

De pronto Santo cae y pisa suelo firme. -¡No! -exclamó Mingo - ¡te entró una idea!

-Adivinaste. Agarrate de mí y sentate. Escuchá. El coleccionista quiere algo valioso, pero sabemos que tiene todo. ¿Qué podemos encontrar nosotros, dos pobres tipos invisibles, que de buscar y encontrar cosas raras y caras no entendemos? Por ahí va la cosa. Nos pidió a nosotros porque quiere algo que él no puede ver y que aunque no se vea, sea de mucho valor. ¿Te acordás cuando leíamos El Principito, y subrayamos la frase “lo

esencial es invisible a los ojos”? Le vamos a llevar lo esencial, que, como nosotros es invisible a los ojos.

-Sí Santo, pero, ¿Y eso qué es? ¿Cómo lo conseguimos?

-Fácil. Donde haya chicos, y mejor donde haya chicos pensando, y mejor, donde haya chicos que sueñen y mejor si escriben sus sueños y.....

-¡Ya sé! No me digas más...Tenemos dónde ir. ¿Estás pensando lo mismo que yo?, allí estuvimos una vez ¿Te acordás Santo?

-Sí. Y estamos bastante cerca...un pueblo lindo, la Cruz grande, la plaza, la iglesia, la escuela...y el campo, los animales, la gente....

Así fue como salieron esa madrugada de invierno a flotar por el aire helado que estaba dejando todo blanco. Poco a poco el sol iba diciendo despacito –aquí estoy-. Hasta que el pueblo se llenó de luz.

Fueron directamente a la escuela. Vieron mucho movimiento tanto en las aulas como en la biblioteca y en el patio, se veía a los chicos muy contentos, aparentemente era un día especial. De pronto sonó el timbre y un grupo entró al salón grande.

-Mingo, creo que llegamos justo, acá algo bueno va a pasar, presiento que nuestra misión va a ser un éxito. Escuchá, están leyendo en voz alta....cuentos...y algunas poesías ¡Qué lindo!

-Sí, muy lindo pero no entiendo qué tenemos que hacer



-Ay, ¿qué te pasa?, estás medio lenteja hoy. El frío te endureció las ideas. ¿Acaso no te gusta?

-Me regusta escuchar lo que leen y lo que dicen, y veo que también van a escribir...

-Shhhh, que me desconcentrés.

La ventaja de ser invisibles es magnífica. Pasearon por el aula, metieron sus ojos grandes por todos lados, se emocionaron y se rieron con los chicos y disfrutaron mucho. La cuestión de la misión se iba concretando, aunque faltaba que se diera la situación apropiada.

Y de pronto se escuchó: -y ahora les proponemos que escriban ustedes, que piensen, sueñen, imaginen... aunque sea unos renglones. Les damos un tiempo y luego recogeremos las hojas...

-Mingo ¡Acá está lo que buscamos! Prepárate para entrar en acción cuando terminen...

Santo y Mingo observaban con regocijo cómo los chicos escribían. Recorrían tranquilamente el salón, se sentaban al lado de uno y otro, se miraban con complicidad, sabiendo que pronto tendrían en sus manos

el valioso tesoro, lo esencial, lo que es invisible a los ojos y que salía del corazón de los chicos. Faltaba el detalle principal. Cómo sacarlo de allí.



II

Por suerte creyeron que fue el viento que entró con fuerza por la puerta que estaba apenas abierta. Un remolino levantó los papeles, no quedó hoja sobre ninguna mesa, las hizo volar y salieron velozmente por la puerta. Como era mucho el frío, no les permitieron a los chicos salir a buscarlas.

-Todo sea por la misión- dijo Santo mientras ponían las hojas bajo sus túnicas blancas invisibles para que se volvieran invisibles también.

-¿Y si les hacen escribir otra vez? ¡Pobres!. Y bueno alguna vez volveremos para agradecerles, ya veremos...

En las afueras del pueblo, debajo de un árbol, se sentaron y empezaron a trabajar. Leyeron y decidieron ordenar por gustos parecidos, por lo que han elegido. Algunas hojas tenían muchas palabras, otras menos, otras poquititas, pero todo es importante para la misión.

Y empezaron a separar. -Fijate Mingo, muchos escribieron sobre el campo, lo que les gusta sembrar y cosechar, criar animales y montar caballos, ayudar en ese trabajo a la familia, y ¡hasta uno quiere ser Ingeniero agrónomo! La verdad es que yo pienso lo mismo, el campo es hermoso, mirá alrededor, yo no quiero ser fantasma, quiero ser un hombre de campo como estos chicos... Pero son sus sueños.

Ahora te digo yo lo que les gusta a los de este grupo -dijo Santo-, quieren escribir cuentos de terror o de suspenso. Escuchá qué bueno...“me gusta la sensación que dejan las palabras que provocan miedo” ¡Si supiera que las está leyendo un fantasma! También les gustan los mitos, las leyendas, los cuentos fantásticos, casas embrujadas, aventuras. Uy, aquí alguien quiere estudiar a los egipcios, ser antropólogo.

Y siguió entusiasmado -Y acá están los deportistas llenos de sueños, ser jugador de Colón, ser arquero de un club importante, jugar al tenis, hacer varios deportes y participar en triatlón. ¡Qué tal!, buenísimo para el cuerpo y el alma.

Ahora Mingo se sorprendía: -¡Ay!, mirá cuántos escribirían sobre la Luna, el Espacio, el cielo y las nubes. Te leo: “me gustaría escribir sobre las nubes porque quisiera sentir la suavidad de ellas, y sentirlas cuando están cargadas de agua a punto de explotar y largar sus hermosas gotas”, y otro “sobre las nubes blancas porque quiero saber

si son suaves y lindas como yo creo”. -Deben soñar y mirar para arriba-, concluyó Mingo mientras hacía unas elevaciones volando hasta la punta del árbol.

-Y estos para abajo- dijo Santo- escribirían sobre la Tierra, la naturaleza, los animales y las plantas, las flores, el aire. Hay una planta de rosas y un árbol que ya son protagonistas de un cuento. Y acá hay uno inquieto y curioso ¡quiere saber de los dinosaurios y le gustaría ser antropólogo...!

-Y por acá llegó el lugar de las mascotas, son protagonistas los perritos, gatos o animalitos que comparten la vida en la casa, y en la escuela también, porque traen su calorcito, uno dice “mi perro es bueno y calentito”. Está Duke, Milo, Chiquilina, Sol, Budi... Bueno no todos pusieron sus nombres, pero qué suerte tienen estas mascotas que están en el corazón de los chicos.

-Mingo, me siento triste. Acá los chicos, y son un montón, hablan de la familia, de su papá, mamá, hermanos, abuelos. Debe ser lindo tenerlos y quererlos. ¡Tener abuelos!, o el recuerdo lindo de los abuelos que cuentan cuentos o hacen comidas ricas. Imaginate fantasmita, qué hermoso es para los humanos, porque cada familia hay una historia de amor.

-Tenés razón, pero a veces pelearán también ¿no?

-Y, sí, pero para practicar nomás, un poquito. Después pasa. Siempre se soluciona. ¡Qué lindo sería tener familia y amigos!- Dijo Mingo al punto de humedecer su

túnica con una lágrima.

-Che, y yo que soy, un fantasma nada más. ¿No soy tu amigo?, ¿no compartimos cosas?, ¿no nos ayudamos en los trabajos?, ¿no vivimos aventuras juntos?, ¿no compartimos secretos?

-Sí, tenés razón, tengo un amigo. Perdoname. Y sigamos que se nos viene la noche. Acá tengo varios que escribirían sobre el pueblo porque les gusta el lugar donde viven y vivieron desde chiquitos. Otros escribirían sobre la escuela porque les parece interesante, sobre las maestras que son buenas y enseñan y también alguien quiere investigar sobre la historia de la escuela. Aunque a algunos les parece aburrida.

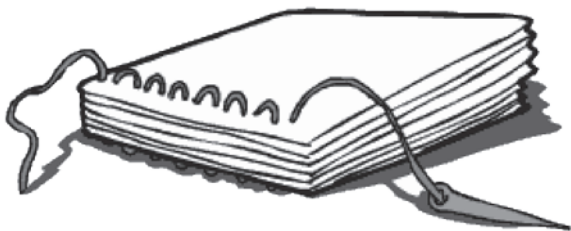
-Encontré a varios que les gustan las motos y sueñan con ser corredores. Debe ser lindo eso de ir como en un caballo con motor.

Se rieron los dos de la ocurrencia de Santo, y se pusieron serios para seguir. -Acá alguien escribió que quiere seguir estudiando informática, qué difícil, pero es lo último, lo más moderno de este mundo y es el futuro.

-Y yo encontré el que resume todo: "Yo escribiría sobre las vueltas de la vida". ¡Genial!. Broche de oro.

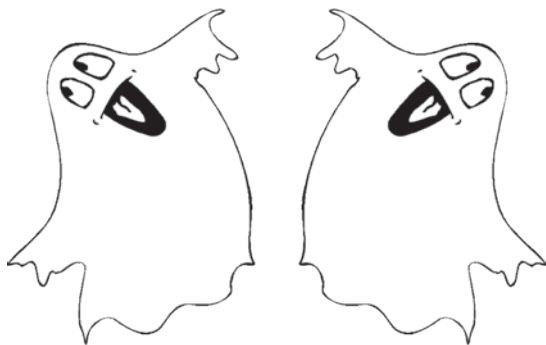
-¡Terminamos!

Con mucho cuidado acomodaron las hojas y las ataron con una tira seca de espadaña, les alcanzó hasta para hacer un moño.



Mientras volaban hacia el casco de la estancia, llegó la noche. Seguían conversando, todavía conmovidos, sobre el valor de esas palabras. Guardan lo esencial, que es invisible a los ojos.

Para Santo y Mingo, misión cumplida. Sólo falta saber si el coleccionista del casco de la estancia, verá solamente hojas de carpeta, o comprenderá y se sentirá feliz con el tesoro invisible, que son los sueños y sentimientos de los chicos, escritos con el corazón.



Hasta pronto Santo y Mingo

(Los fantasmas no existen, pero les podemos dar vida con nuestra imaginación y volver a estar con ellos para compartir apasionantes historias.)

El cuento de todos



¡Qué voy a escribir!, si no me sale nada. Bueno, escribir sobre algo que me gusta podría, hay tantas cosas, lo difícil es elegir y más difícil es escribir sobre lo que elegí. No. No me sale nada. Escribiría sobre fútbol porque juego y me sale bien, somos varios que nos gusta la pelota, pero cómo empiezo. Hay compañeras que van a escribir sobre folklore, ellas bailan y a veces van a otros lugares a mostrar lo que hacen. Estoy seguro de que muchos van a escribir sobre la escuela y las maestras, son buenas y nos enseñan bien, o de flores y árboles porque en el pueblo hay una plaza linda y muchos jardines.... Y ya sé quién

va a escribir sobre ciudades y provincias que no conoce, siempre dice que le gustaría informarse más y conocer otras costumbres...eso está

bueno. Y de animales, a varios les gustan los animales y algunos van a ser veterinarios.

Y una compañera dice que le gustaría ver barcos en el agua, va a llenar una hoja.

Y yo, no sé, no me sale



nada. Me rasco un poco la cabeza y hago líneas con la lapicera. La cabeza llena y la hoja vacía. Los miro, todos con los ojos en sus hojas y algo escriben. Mmmm...Me imagino a la de al lado escribiendo sobre su perro Dok, que no existe, lo inventó ella y mi a mi amigo que va a escribir sobre Maxi, su perro fiel, ése es de verdad, va a haber varias hojas sobre perros. Uy!!! Y sé quién va a decir que quiere ser camionero como su papá, todo el tiempo habla de eso. Doy vuelta la cabeza y veo la hoja en la mesita de atrás, justo está dada vuelta y dice que escribiría sobre el campo y los caballos y la trilladora, porque su papá le enseñó a manejarla. ¿Será cierto?, yo nunca lo vi. Hay otro amigo que va a trillar también, soja, sorgo, maíz, trigo. Ese siempre nos cuenta que le gusta el trabajo en el campo.

Y yo nada. No me puedo quedar quieto y me levanto.

-Sentate-, me dicen. Me siento un ratito pero vuelvo a caminar entre los bancos. Veo otra hoja, habla del caballo Juan de ojos celestes y que le gusta dormir cerca de una estufa, sí a ese lo conozco, es de un cuento, me acuerdo...Recorro disimuladamente mirando hojas, estiro la vista, algunas letras no se entienden bien, pero escribieron sobre los papás y las mamás que ayudan en las tareas de la escuela, sobre abuelas que cuentan cuentos y hacen comidas ricas, perros y perritos, mascotas. Ah, claro en esta hay dos o tres renglones sobre la famosa coneja que come zanahorias sin parar,

y en la otra el futuro apicultor, como su papá, le escribió a las abejas y a la miel. A mí me gusta la miel, pero ni loco me acercaría a un panal.

-¡Sentante!-, y me siento otra vez. ¿Qué podría escribir? No me sale nada. Me quedo un ratito, hasta que nadie me mire y me vuelvo a levantar. Me voy hasta el fondo del salón, y recorro la última fila, acá hay otro que quiere ser camionero y recorrer el mundo, y otro de caballos, dice que sabe montar bien. Al lado una compañera escribió sobre un viaje a Cayastá que hicimos, estuvo rebueno. No me acordé si no podría haber escrito eso yo también. Otra vez me hacen sentar. Muerdo la punta de la lapicera, rayo un poco más la hoja, no importa total saqué como cuatro de la carpeta, cuando me salga algo voy a usarlas. Miro de reojo al del otro lado, escribe sobre pesca, me imagino, porque le gusta tanto ir a pescar, va siempre al Salado, aunque me contó que le gustaría ver tiburones y ballenas. ¿Y si escribo sobre los cuentos de Pedro Urdemales?, son chistosos, La ollita hervidora, El árbol de plata. No. Va a ser muy largo y no tengo tanto tiempo. Ahora están todos entretenidos y sí, me levanto a dar otra vuelta. Llego a la otra punta, me quedo entre dos bancos y mis ojos van de un lado a otro, ¡Una hoja casi llena, alcanzo a leer algo...¡Uau!, sobre la gente que es pobre y da y otros, los que más tienen dan menos, Y tiene razón...¿cómo se le puede ocurrir y pensar tanto? Y este sobre tigres, porque le gustan sus colores, en una

hoja dice que escribiría sobre cuentos picarescos, otra más sobre los pobres....me tengo que apurar porque ya me vieron...otra sobre mascotas, y otra sobre los pobres que sufren y....

-¡Sentate!- Y me siento. Todos escribieron, menos yo. Una hoja pura rayas y otras renglones vacíos. No me sale nada.

Cierro los ojos bien fuerte y pienso que escribiría sobre un mago que pasa la lapicera sobre las hojas en blanco y de repente las hojas se llenan de palabras.

Los abro cuando una seño pasa porque están juntando los trabajos.

Terminó la actividad, había que escribir y a mí no me salió nada.

Siento que alguien se acerca y muy despacito me dice: ¡Te felicito!, “El cuento de todos” es hermoso, ya lo leí, en el próximo encuentro lo vas a leer para todos tus compañeros.

Debo estar colorado y creo que se me pararon los pelos, el corazón se me sale al galope, no entiendo nada. Le contesto como puedo.

-Gracias, seño. Me concentré...y las palabras salieron solitas, vio, como de la galera de un mago.



(Todos tenemos algo importante para contar)

¡Todos los cuentos leídos!

Ahora te proponemos ordenarnos y ubicarnos con el número de página donde comienza cada uno.

¿Cuál te gustó más? Te invitamos a que nos des un puntaje, de 1 a 10.

Cuento	página	puntos
1		
2		
3		
4		
5		
6		
7		
8		
9		
10		

Y ahora sí, ¡liberados! ¡Que pase a jugar otro lector...!

Se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos de
IMPRESOS S. A.
Vera 3825 (3000) Santa Fe
República Argentina
en el mes de junio de 2015
impresos@gmail.com

